



CÍRCULO LATINOAMERICANO DE
FENOMENOLOGÍA

ACTA
FENOMENOLÓGICA
LATINOAMERICANA

Capítulo 12

VOLUMEN I



Pontificia Universidad Católica del Perú
Fondo Editorial 2003

Acta fenomenológica latinoamericana. Volumen I.

Primera edición: diciembre de 2003

Tiraje: 500 ejemplares

© 2003 de esta edición por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú
Plaza Francia 1164, Cercado de Lima – Perú
Telefax: 330-7405; 330-7410; 330-7411
Email: feditor@pucep.edu.pe

Editora responsable: Rosemary Rizo-Patrón

Comité Editorial: Guillermo Hoyos, Roberto Walton, Antonio Zirión

Secretaría de redacción: Rodrigo Ferradas, Mariana Chu

Asistencia de edición: Cristina Alayza, Mariana Hare, Pablo Rosselló

Diseño de cubierta y diagramación: Gisella Scheuch

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio,
total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Derechos Reservados

ISBN: Obra completa: 9972-42-619-x

Volumen I: 1 9972-42-620-3

Hecho el Depósito Legal N.º 1501052003-6930

Impreso en el Perú – Printed in Peru

Sobre el colorido de la vida. Ensayo de caracterización preliminar

About the Colouring of Life. An Attempt to a Preliminary Characterization

ANTONIO ZIRIÓN QUIJANO

Instituto de Investigaciones Filosóficas,
Universidad Nacional Autónoma de México
México

El ensayo plantea de modo informal y casi coloquial la posibilidad de investigar fenomenológicamente el elemento de sentido o del horizonte afectivo que de manera provisional llama «colorido de la vida», y para ello hace una caracterización preliminar de esta noción, en la cual expone los diferentes modos de acceso a ella o de revelación de ella, y la distingue de nociones con las que podría confundirse: ambiente o atmósfera, estado de ánimo, etc. Finalmente, propone que el estudio de la peculiar inefabilidad del «colorido de la vida» debe ser parte de una fenomenología de lo inefable, que en cierto modo debe anteceder a la misma fenomenología del lenguaje.

The essay suggests in an informal and even colloquial way the possibility of investigating phenomenologically the element of sense or of affective horizon which provisionally we call the «colouring of life». For that purpose, it makes a provisional characterization of this notion, in which it explores the various ways of access to or revelation of it, and distinguishes it from other notions with which it could be confused: environment or atmosphere, mood, etc. Finally, it proposes that the study of the peculiar ineffability of the «colouring of life» must be part of a phenomenology of the ineffable, which, in a certain way, must be previous to the phenomenology of language.

Acta fenomenológica latinoamericana. Volumen I.

Actas del II Coloquio Latinoamericano de Fenomenología. Círculo Latinoamericano de Fenomenología, pp. 209-221.
Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 2003.

Como algunos de ustedes saben, he iniciado apenas (o sería mejor decir, he concebido apenas) una investigación acerca de los sentidos que pueden denominarse extra-lingüísticos —aquellos sentidos no susceptibles de ser conceptualizados y por ende incommunicables, inefables. Debo decir que no tengo todavía ningunos resultados que presentar, o al menos ningunos resultados de suficiente importancia como para que valga la pena presentarlos. Pero no cancelé de plano mi intervención en el coloquio porque pensé que quizá valdría la pena hacer aquí el ejercicio de caracterizar en forma preliminar, y por lo tanto provisional, uno de los «fenómenos» que tendrá sin duda un lugar destacado en esa investigación y cuyo carácter escurridizo y un tanto enigmático fue lo que me motivó personalmente a emprenderla.

Procuraré hacer este ejercicio en una actitud natural e ingenua, y pospondré todo tratamiento descriptivo y analítico, rigurosa y profesionalmente fenomenológico, digamos, así como todo estudio de la bibliografía en torno a este tipo de cuestiones. Se trata por lo pronto, simple y exclusivamente, de que ustedes puedan identificar este «fenómeno» en su propia experiencia; y creo que sería mucho más difícil lograrlo si lo abordamos de entrada con un instrumental técnico-teórico previamente forjado y decidido, pues aunque esto quizá lo situaría muy bien dentro de cierto esquema conceptual o teórico, dentro de cierto «pensamiento», también correría el riesgo de sacarlo del marco en el cual se encuentra desde luego situado pretemáticamente, «antes de toda filosofía», que es el de nuestra vida vivida justamente de manera natural e ingenua —y de perderlo por ello de vista.

Pero además, la consideración de ese esquema teórico, que tendría que ser —de acuerdo con una convicción bien firme pero que no voy a justificar aquí— el de la fenomenología husserliana, requeriría tener más o menos escombrado el ámbito teórico en que este tipo de «fenómenos» tendría que colocarse, que es el de la intencionali-

dad afectiva, sentimental, o, en general, no-objetivante, y más específicamente, el de sus formaciones pasivas, el de sus peculiares habitualidades y sedimentaciones, el de sus propios horizontes. Pues hay en este terreno diversos puntos problemáticos y de interpretación que no parecen todavía suficientemente allanados por la crítica y que encima se tocan con cuestiones fundamentales como la delimitación misma de las esferas de la razón (dóxico-teórica, emotivo-valorativa y volitivo-práctica), la conciencia del tiempo, la identidad del sujeto, la vida intersubjetiva, etcétera. Roberto Walton ha escrito recientemente que estamos particularmente necesitados de investigaciones referentes a la naturaleza de los horizontes del sentimiento y los horizontes prácticos, pues aunque «ha habido estudios comprensivos en fenomenología relativos a los actos afectivos y de volición», no ha habido «muchos análisis cuidadosos de sus respectivas estructuras-de-horizonte»¹.

Por otro lado, es también afortunado que la manera de proceder que aquí seguiré me permita conocer sus reacciones y su orientación en esta etapa de la investigación, es decir, antes de que mis propios prejuicios y mis deficiencias de información delinee en ellos solos la vía que ella habrá de seguir. Así, además, nos ceñiremos, por cierto, a la idea (o la entelequia) de estos coloquios como unos talleres de pensamiento colectivo, conforme a la exigencia que la fenomenología impone, según Husserl, a los fenomenólogos: la de renunciar «al ideal de un sistema filosófico» y vivir «como trabajadores más modestos en comunidad con otros en pro de una *philosophia perennis*»². En última instancia, quizá no sea utópico esperar alguna ayuda de su parte para darle a estos temas su lugar dentro de lo que Klaus Held ha llamado la «asignación de tareas de una ciencia fenomenológica del mundo de la vida»³; pues pienso, en efecto, que, pese a su poca sustancia aparente, y quién sabe si real, su descripción y comprensión deberán sin duda incluirse entre los objetivos de esta ciencia.

Una vez hechas estas observaciones, y respetando la *epojé* profesional que nos hemos impuesto, vayamos al grano.

¹ Walton, Roberto, «The Phenomenology of Horizons», en: Crowell, S., L. Embree y S. J. Julian (eds.), *The Reach of Reflections: Issues for Phenomenology's Second Century*, Vol. 2, Boca Raton, FL: Electron Press, 2001, p. 245.

² Husserl, Edmund, *El artículo de la Encyclopaedia Britannica. Seguido de la versión de Ch. V. Salmon publicada por la Enciclopedia y del ensayo «El artículo de la Encyclopaedia Britannica de Husserl y las anotaciones de Heidegger al mismo» de Walter Biemel*, traducción y edición A. Zirión. Cuadernos, México: UNAM, Instituto de Investigaciones Filosóficas, 1990, p. 82.

³ Cfr. Held, Klaus, «Horizonte y costumbre. La significación del tiempo para la ciencia husserliana del mundo de la vida», traducción de L. Rabanaque, en: *Philosophia. Revista del Instituto de Filosofía de Mendoza*, (en prensa).

En un momento dado, miramos hacia atr6s. Tal vez viv6bamos en otra calle, en otro barrio, en otra ciudad. Recordamos una esquina, unas cuantas fachadas de casas o edificios, el color de las baldosas, el ruido de la tintorer6a de al lado, el olor que la lluvia dejaba en el pavimento. Algo como eso, y si nos lo proponemos, muchas otras cosas semejantes. El entorno era entonces diferente del entorno en que se desenvuelve ahora nuestra vida. Pero eso no era todo, claro est6. Viv6bamos con otras personas, quiz6 con nuestros padres, o solos, o la familia ten6a una composici6n distinta de la que tiene ahora. No se hab6a casado la hermana, o era el a6o en que nuestro hermano estuvo internado en provincia, est6bamos reci6n casados, no ten6amos hijos. Hac6amos otras cosas. 6bamos a otra escuela que quedaba lejos y ten6a otro horario. Sal6bamos muy tarde de clases. Muchas veces estaba lloviendo. Ten6amos que apresurarnos a tomar el 6ltimo tranv6a. Casi siempre nos acompa6aba el amigo Fulano, que no viv6a muy lejos de nosotros. Se escuchaba otra m6sica en la radio. La vida era diferente. O era mucho, muy diferente. Y podr6amos seguir puntualizando las diferencias en la medida en que la memoria nos lo permita. Normalmente no nos lo permite mucho o, m6s bien, nosotros no nos esforzamos lo suficiente. Pero tampoco es necesario que lo hagamos para captar, por encima de todas esas diferencias, o por debajo de ellas, en una como fulguraci6n casi siempre fugaz, ese peculiar «sabor», o esa peculiar «coloraci6n» que la vida ten6a entonces. Digo por encima, o por debajo, de cada una de esas diferencias, es decir, de cada uno de los rasgos o elementos de que se compon6a entonces nuestra vida. Pero esto es impreciso. Porque est6 en ellos, no encima o debajo o al lado; s6lo que no en uno solo de ellos.

Podemos seguir viviendo en la misma casa. Quiz6 hemos vivido toda la vida en ella. Pero antes sal6bamos con frecuencia a caminar; ahora no lo hacemos nunca. Antes sac6bamos la guitarra los s6bados en la noche y nos desvel6bamos cantando con un grupo de amigos. Era aqu6 mismo, en esta sala en la que ahora no sucede nunca nada semejante porque esos amigos se han alejado o porque la mujer con que ahora vivimos odia la guitarra y ama el sue6o, o porque la madre est6 enferma y hay que guardar silencio. Tambi6n el vecindario ha cambiado. Las tiendas son otras; ya no est6 la papeler6a donde compr6bamos las estampas para llenar los 6lbumes de los campeonatos mundiales de f6tbol, y adem6s ahora ya no nos interesa llenar de estampas ning6n 6lbum. Le hemos encontrado gusto a la m6sica cl6sica. Son otros tiempos. En la misma casa, la vida es distinta. Es inconmensurable la cantidad de min6sculos cambios que se van acumulando en la vida, que van entre todos model6ndola. En el entorno, que es de m6ltiples dimensiones; en nuestras relaciones con 6l, con los dem6s, con nosotros mismos; en nuestras actividades, aficiones, esperanzas, temores, expectativas, sue6os, recuerdos; en todo lo que hace la vida se presentan constantemente cambios innumerables. Pero no es preciso recorrerlos uno a uno para apreciar que su singular combinaci6n le da a la vida, a cada momento, cierto «cariz», cierto «aroma»,

cierta «textura». Es como si se resumieran todos ellos, como por sí mismos, en lo que antes llamé el «sabor» o el «color» de la vida. Esto es lo que a falta de mejor nombre vengo llamando desde hace años, para mis adentros y en conversaciones informales, el «colorido de la vida».

La vida se compone de mil y un ingredientes, o con una metáfora más clásica, la vida se teje de mil y un hilos que se entretajan de mil y una maneras. Cada uno ellos, individualmente, tiene su propio «color», su propia «textura», su propia «calidad»; cada uno de ellos nos «afecta» o nos «toca» de un modo único. Algunos de ellos resaltan o «pesan» más que los demás: estamos enamorados, o tenemos un hijo enfermo, o acometemos una empresa hazañosa, o acabamos de fracasar en ella. Hay aquí o allá grandes destellos, iluminaciones, deslumbramientos. O nos hundimos en la penumbra. Todo parece ennegrecerse en un momento. Pero no todo es así. Y además, también estamos «ánimicamente concernidos» —para utilizar la atinada expresión de Agustín Serrano de Haro— con lo minúsculo, con lo insignificante, con lo neutro: esto tiene también su peculiar «color»: este color neutro, anodino, el color de lo que «no me dice nada», de lo que es para mí «como si no existiera». También los pálidos colores de estos hilos ofrecen su aportación al colorido de la urdimbre total. ¿Hay también un peculiar concernimiento anímico referido a la trama resultante? ¿O de qué modo vienen a conjugarse unos con otros, o a sumarse unos a otros, todos aquellos «colores» individuales? A cada momento, en todo caso, tenemos un juego singular, absolutamente único de luces y de sombras, de colores y de palideces: éste es el «colorido». Nunca un solo color; siempre una síntesis de colores que tiene su propio color.

Recordemos —sin abandonar nuestra *epojé* profesional, sólo por hacer una cómoda referencia libresca— el célebre § 27 de *Ideas I*: las cosas «pertrechadas» con «caracteres de valor», «bellas y feas, elegantes y ramplonas, agradables y desagradables»; las cosas como «objetos de uso, la ‘mesa’ con sus ‘libros’, el ‘vaso’, el ‘florero’, el ‘piano’». Y aquellos caracteres de valor o estos caracteres prácticos «son inherentes constitutivamente a los objetos que ‘están’ ‘ahí delante’ en cuanto tales, vuélvame o no a ellos». Y lo mismo vale «también para los hombres y animales de mi entorno. Son ellos mis ‘amigos’ o ‘enemigos’, mis ‘servidores’ o ‘jefes’, ‘extraños’ o ‘parientes’, etc.»⁴.

Podemos suponer que esta caracterización envuelve también aquel carácter o dimensión de carácter que podría llamarse (en un sentido muy amplio) el «carácter afectivo» o la «coloración afectiva», por la cual la cosa (o la persona, el animal, el suceso,

⁴ Husserl, Edmund, *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica. Libro primero: Introducción general a la fenomenología pura*, contiene el Epílogo, traducción de J. Gaos, México: FCE, 1997, pp. 64-65.

la relaci6n, el estado de cosas, etc.) no es s6lo ella misma —vu6lvame o no a ella—, agradable o desagradable, agraciada o desgraciada, sino adem6s significa algo «para m6», me «dice» algo a m6, tiene para m6 un aura de «sentido», un halo o una orla de «color», de «aroma» o de «sabor» y que s6lo puede tener cuando est6 puesta en cierta relaci6n conmigo mismo, delimitada espacial y temporalmente o de alguna otra manera. Gracias a este peculiar car6cter o sentido, la cosa no solamente es ella lo que es (un muro, una mesa, una arboleda), y no es solamente tambi6n fea o hermosa, ruin o sublime, ella sola, por decirlo as6, sino que ocupa adem6s, o «por encima de ello», un «lugar» 6nico en *mi* vida, en *mi* mundo; «resuena» en *mi* de una manera peculiar, 6nica, singular, como s6lo ella puede hacerlo, por encontrarse en el «momento» y el «sitio» en que se encuentra, aqu6 y ahora, dentro de *mi* «biograf6a», dentro de *mi* «geograf6a afectiva», o dentro del campo de *mis* «significatividades», de *mis* «valores propios» e «individuales», gracias a mi «concernimiento an6mico» con ella. Entra aqu6 toda la gama de lo que en la vida diaria se llama «valor sentimental».

Lo que en el c6lebre pasaje no est6 en todo caso decidido es si toda cosa, toda persona, todo animal, que forme parte de mi vida, o mejor dicho, de mi mundo, o, en otros t6rminos, que sea objeto de alguna representaci6n m6a, posee ya por eso alg6n car6cter o coloraci6n afectiva. Parece que habr6a que recurrir m6s bien a Brentano para encontrar una postura que lo sostenga. Pero esto es aqu6 secundario y lo dejamos entre los par6ntesis de nuestra *epoj6* profesional. En todo caso, esto es lo que vengo sosteniendo: no s6lo la pluma que me regal6 mi padre el d6a de mi graduaci6n, sino tambi6n la pluma que me acerca el mesero para que firme la cuenta en el restor6n y que apenas miro, la m6sera flor que mal adorna la mesa, o el mismo mesero desgarbado y so6oliento, tienen o cobran un «valor sentimental», una «coloraci6n afectiva», o abreviadamente, un «color», que es s6lo suyo, y que es s6lo suyo, adem6s, solamente para m6, y solamente para m6 en ese preciso lugar y momento.

La met6fora del color sirve s6lo relativamente. Hay en ella algunos problemas involucrados que no podemos revisar aqu6. Sin embargo, es moneda de uso corriente y sirve mejor que otras para localizar el «fen6meno» del «colorido de la vida» sobre el que estoy queriendo llevar su atenci6n. Pero no le llamo «color», sino «colorido», en parte para distinguirlo del que tienen las «cosas» (en sentido ampl6simo) individualmente consideradas. Precisamente, todo estriba en ver que no solamente cada una de esas «cosas» con las que nos enfrentamos en la vida tiene siempre y en todo caso alg6n «color» peculiarmente suyo, por tenue que sea, por cambiante que sea, sino tambi6n la vida en pleno, o el mundo en ella y de ella, se ti6e a cada momento y en cada una de sus situaciones de un «car6cter afectivo», de un «color». 6ste es, pues, el «colorido».

Ahora bien, lo primero que se advierte al advertir el colorido es justamente lo dif6cil que resulta advertirlo. Hasta hay razones para pensar que forma parte precisamente de ese tipo o grupo de fen6menos que gustan de andar ocultos. Ocultos quiz6

más para los filósofos que para los poetas o novelistas; pero esto lo discutiremos a su tiempo, que no es el tiempo de hoy. En todo caso, el «colorido de la vida», a pesar de su nombre, no parece muy visible. Sin embargo, hay ciertas experiencias que, bien miradas, lo dan a conocer con suficiente claridad... Señalaré tres de ellas. Ellas nos ayudarán, además, a plantear el problema de la relación que hay entre este «colorido de la vida» como tal, y sus formas de manifestarse, relación que tiene sus misterios.

La primera experiencia es la que, si no era célebre desde antes, Proust elevó a tal fama que ahora es común asociarla con su nombre: la experiencia de la evocación de la infancia producida por la magdalena remojada en una cucharada de té. ¿Pero qué es lo evocado? Después de varios esfuerzos deliberados, el protagonista logra que «salgan» de su taza de té toda una serie de cosas, personajes, lugares y escenas que formaron parte de esa infancia. Pero unas cuantas escenas y personajes de la infancia no son la infancia. El mundo del niño, aunque se le volviera a presentar al adulto en todos sus detalles meramente objetivos, no sería el mundo que el niño vivió si le faltara el peculiar sentido afectivo que estoy llamando el colorido. En la experiencia memorativa que Proust relata, este colorido está presente ya antes de que surjan los auténticos recuerdos gracias al esfuerzo de la memoria, desde el primer sorbo de té que no produce más que un estremecimiento fugaz y una invasión de un «placer delicioso» que llena al yo, «como el amor», de una «esencia preciosa»⁵. Normalmente, en esos chispazos que duran sólo un instante, no se presentan a la memoria más que unos cuantos motivos o fragmentos de aquel mundo vivido: cierto patio, una escalera, la sombra de un muro, un coche de juguete, qué sé yo. Pero no es eso lo que golpea al yo; lo que lo golpea, embargándolo de nostalgia, de felicidad o de desconcierto, es la reproducción o la reviviscencia fulgurante, no del mundo, sino del colorido que tenía aquel mundo: que tenía y que acaso aún tiene... Es el colorido de la infancia lo que nos devuelve el gusto de la magdalena mezclada con té, o el olor de las mandarinas, o cierta tonada inesperada, o lo que funja en el caso como clave o cifra. Pero la revelación tiene lugar, muy claramente, en el contraste con nuestra vida actual, es decir, con el colorido de nuestra vida actual —que casi siempre es, sea dicho entre paréntesis, mucho más descolorida que la de la infancia.

(De paso menciono que de esta experiencia proustiana tratan algunos de los trabajos publicados en un reciente número de *Escritos de filosofía*, entre ellos el de Julia Iribarne. El tema del número, «Identidad y memoria», tiene claras ligas con el que aquí me ocupa. A su tiempo habrá que considerar las aportaciones de esos trabajos).

⁵ Proust, Marcel, *En busca del tiempo perdido, I: Por el camino de Swann*, traducción de P. Salinas, Madrid: Alianza Editorial, El Libro de Bolsillo, 1969, p. 61.

La segunda experiencia es tal vez m1s cotidiana. Pero no la ha vivido quien nunca ha so6ado, si esto puede suceder. La experiencia reveladora no es la de so6ar; ocurre, s6lo a veces, al relatar lo so6ado, o m1s bien, al intentarlo. Pues suele suceder que no podamos relatar el sue6o «tal como fue», «tal como lo viv6»... y que nos pese. Qu6 ganas de poder hacer entrar al otro en el propio sue6o, para que vea lo que era. Pero no se trata de poder reproducir, con ayuda de un aparato filmador acaso imposible, y el arte cinematogr1fico m1s depurado y fidedigno suplementado con la literatura m1s proustiana o carpentieranamente detallada, todas las escenas del sue6o; porque siempre quedar6 fuera la impresi6n que el sue6o nos ha dejado, el «ambiente» del sue6o, en fin, lo que propongo llamar mejor el «colorido» del sue6o. Esto es lo que del sue6o no se puede contar o comunicar por ning6n medio. Los sue6os tienen la capacidad de llevarnos a mundos extra6os, donde aparecen seres extra6os y suceden cosas extra6as, totalmente inhabituales: pero aun el sue6o menos extra6o, menos alejado de nuestra vida actual, puede tener un colorido propio que contrasta con el de nuestra vida actual. Es de nuevo este contraste el que pone de manifiesto el colorido.

La tercera experiencia es, como puede ya esperarse, la de un tercer contraste. Suele ocurrir en los viajes, y quiz1 m1s frecuentemente en el momento del regreso, cuando nos percatamos del contraste entre lo vivido en el viaje y la vida anterior al viaje y que ahora se nos presenta tambi6n como la vida que retomaremos una vez acabado el viaje. Por supuesto que los lugares, las personas, quiz1 los climas, la vegetaci6n, la arquitectura, la m6sica, las actividades eran en el viaje diferentes. Cada una de esas diferencias tiene su propia significaci6n. Pero adem1s, todas reunidas, se coagulan en una sola impresi6n o en una cualidad distinta, que ahora choca con la de la vida ajena al viaje. Lo revelador es este choque, pues los que chocan son dos coloridos, que en el choque se hacen mutuamente visibles. Pues en el choque no s6lo se revela el colorido que tuvo el viaje, el que est1 apenas acabando de tener la vida en el viaje, sino a la vez el de la vida anterior al viaje que se presiente acaso tambi6n como la vida posterior al viaje.

Estos ejemplos no son los 6nicos, y es de sealarse que tambi6n las experiencias reveladoras, como los coloridos mismos, pueden ser estrictamente individuales. Un rasgo com6n de ellas, que ya mencion6 antes y que merecer6a una consideraci6n detenida, es esa fugacidad con la que ocurren. A pesar de que sospecho que hay detr1s de ella algunas honduras que no podremos ignorar, de momento la tengo que dejar aqu6 en calidad de curiosidad, como un rasgo que parece simplemente com6n o muy frecuente. Pero el que no me parece un rasgo s6lo com6n y frecuente, sino esencial de la revelaci6n del colorido, o de su *percepci6n*, es el *contraste*. Como en la percepci6n de las cosas, en que 6stas se destacan contra un fondo u horizonte tambi6n c6sico, la percepci6n del colorido no parece poder darse sino contra el fondo, o en el horizonte, de otro u otros coloridos. Dicho de otra manera: por lo que parece, un colorido no puede darse

a conocer más que *desde fuera*, es decir, desde fuera de sí mismo y *a partir de otro*. Lo cual presenta un problema de gran alcance y que no podremos resolver aquí: quizá en realidad no hay más que coloridos recordados, o todo colorido no es más que una *huella*, la huella colorida que dejamos en nosotros mismos al ir viviendo, o la *resonancia* de la vida... Esto explicaría tal vez esa notable invisibilidad o transparencia con que se vive el colorido presente, si se le puede en tal caso seguir llamando así. Quizá haya más que una mera afinidad terminológica con las tesis que encierra la expresión de Ernst Bloch de la «oscuridad del momento vivido»⁶. El colorido que tiene nuestra vida ahora, o que tiene el mundo desde nuestra vida, se mantiene en la oscuridad. Mañana lo conoceremos. El colorido necesita distancia, es decir, tiempo; pero lo que trae el tiempo es, precisamente, un nuevo colorido con el que el anterior contrasta. Pero se resuelva este problema como se resuelva, en todo caso habrá que distinguir entre el modo de vivir un colorido presente y la captación de un colorido pasado, la cual parece ser su auténtica manifestación.

Cobra interés en este punto el tema de la relación entre coloridos sucesivos. Pues está claro que los coloridos son *momentáneos* como la vida que colorean, y que se enclavan en las *situaciones* o, si se prefiere, en las *circunstancias* por las cuales esa misma vida atraviesa o en las cuales va sucediendo. En transiciones normalmente paulatinas, y también ellas prácticamente invisibles, pero en algunas ocasiones bruscas y bien notorias, un colorido cede el lugar a otro. Fácilmente se comprende que un viaje, una mudanza, un nuevo trabajo, una nueva relación personal, cualquier modificación «significativa» del entorno traiga normalmente consigo una alteración correspondiente del colorido. Es digna de atención la manera como esto sucede, que tiene muchas variantes. Y también es variable el modo como nos percatamos del cambio. A veces esto no ocurre de inmediato. A veces hay que esperar algún suceso que nos dé la «clave». Hasta puede suceder que nos esforcemos sin darnos cuenta por seguir viviendo dentro de un colorido ya muerto.

Ha quedado también implícitamente dicho que todo colorido forma parte de una cadena o corriente de coloridos: aunque en el extremo podría hablarse de coloridos instantáneos, momentáneos, los coloridos tienen también sus modos de conservarse, de perseverar, y los coloridos sucesivos tienen sus modos de reunirse y recogerse en un solo colorido de un momento más amplio. El colorido de un largo viaje termina recogiendo los de sus diferentes tramos o etapas, y éstos a su vez los de cada uno de los días. Siempre es posible, sin embargo, que algún quebranto rompa el suave sucederse de la serie.

⁶ Bloch, Ernst, *El principio esperanza*, tomo I, traducción de F. González Vicen, Madrid: Aguilar, 1977, pp. 283-313.

El enclave de los coloridos en momentos, situaciones o circunstancias se extiende tambi6n a «espacios» y «lugares», o a lo que podr6amos llamar, apropi6ndonos de la expresi6n de Alfred Schutz pero emple6ndola en un sentido distinto del suyo, «6mbitos finitos de sentido»: el umbral de la casa, el comedor, la casa entera, el vecindario, el camino de la casa a la escuela o al trabajo, la esquina en que se re6nen los amigos, el mercado y cada uno de sus puestos, el parque y cada uno de sus rincones. Quiero decir, la vida cobra un colorido distinto en cada uno de estos 6mbitos y por ser vivida en 6l; pero este colorido no es en realidad m6s que una fase del colorido entero que se conforma con m6ltiples fases provenientes de m6ltiples dimensiones. Cualquier colorido puede pasar a conformar un colorido «mayor»; cualquiera puede disgregarse en algunas de sus «fases». Hay entonces, a la vez, una pluralidad interna de coloridos en cada colorido y una pluralidad externa de coloridos en una corriente de coloridos. Pero todo esto habr6 que exponerlo m6s detenidamente; aqu6 s6lo trato de insinuar la complejidad del asunto y de la tarea de su an6lisis y descripci6n.

Ahora bien, podr6a sugerirse la posibilidad de concebir la «sensaci6n» o el «sentimiento» de colorido (el hecho mismo de vivirlo) como un campo sentimental, cuyas modificaciones ser6an los sentimientos y emociones particulares (tanto no-intencionales como intencionales). As6 como tener una sensaci6n t6rmica (calor en la superficie de la piel) puede entenderse como una acentuaci6n en cierta direcci6n y grado del campo t6rmico de sensaci6n, as6 tener una emoci6n o afecci6n consistir6a en una acentuaci6n en cierta direcci6n y grado del campo sentimental o afectivo. Pero si entendemos el colorido de esta manera, muy probablemente lo estamos confundiendo con lo que normalmente se llama estado de 6nimo o temple de 6nimo. Establecer esta diferencia es crucial, sobre todo en vista de las connotaciones de este concepto en algunas filosof6as fenomenol6gicas. Lo que llamo el colorido de la vida no es el estado de 6nimo que necesariamente se vive a cada momento, si se entiende el estado de 6nimo como un estado plenamente subjetivo, el estado de la afectividad o del campo afectivo en cada momento. Pues el colorido no es c6mo yo me siento: es c6mo veo las cosas, c6mo el mundo se colorea por la manera como «lo vivo» y como me afecta... Desde luego que el color que pongo en las cosas puede depender en buena medida de mi estado de 6nimo, y por ello es un tema digno de estudio —si estas cuestiones del colorido de la vida son en absoluto dignas de estudio— el de la relaci6n entre el estado de 6nimo y el colorido. Pero en todo caso, aunque el estado de 6nimo sea uno de los factores m6s importantes en la conformaci6n o determinaci6n del colorido, no es de ninguna manera el 6nico: el colorido es, como he dicho, el resultado de una suerte de «suma», el destilado de un entramado afectivo de una complejidad incalculable, y nunca uno solo de los hilos, por intenso o fundamental que sea su color particular. Adem6s, el mismo estado de 6nimo puede «participar» en coloridos distintos, con lo que ya se est6 diciendo que puede repetirse, vivirse m6s de una vez. Estrictamente, esto

no puede ocurrir nunca con el colorido. Pero por otro lado, cabe muy bien la conjetura de que la «suma» no sea una mera «suma», es decir, de que la cualidad afectiva del colorido sea de una índole *sui generis*, nueva y distinta respecto de las cualidades de las emociones y afectos, de los temple y sentimientos que contribuyen a conformarlo.

No es preciso, por otra parte, explicitar que en la expresión «colorido de la vida» el término de «vida» está usado en el más común y corriente de sus sentidos. Pero sí conviene decir que, en este sentido, «vida» encierra una referencia, ciertamente muy poco precisa, al mundo —y «mundo» entendido, también, en su sentido más común y corriente—, de modo que «vida» es siempre vida en un mundo, y a veces más mundo vivido que vida mundana. Pero si el colorido es el colorido del mundo, aquí el mundo es desde luego el mundo de la vida, y no el mundo de la vida en común, sino el mundo de la vida individual, o, como podría también decirse, el mundo desde una vida. Esta interpenetración de vida y mundo, o de vivencia y objeto, cuando se trata de una vivencia afectiva y de sus efectos colorativos, se hace sentir incluso en el lenguaje que el mismo Husserl utiliza para referirse a ella. En un conocido pasaje de la «Quinta Investigación» en que se ocupa de la cuestión de la existencia de sentimientos intencionales, Husserl expone el proceso vivencial por el cual cierto suceso «aparece como recubierto por un velo rosado», y otro «como revestido del color de la tristeza»; pero al hacerlo, utiliza de la manera más natural (como lo hacemos todos) las expresiones «suceso feliz» y «suceso triste»⁷—como si no hubiera también aquí algo que explicar y desmenuzar analíticamente: pues los sucesos no son obviamente sujetos de alegría ni pueden experimentar ninguna tristeza.

Pero si el colorido de la vida es entonces también el colorido del mundo o de la circunstancia, ¿se identifica con lo que normalmente llamamos el «ambiente» o la «atmósfera» de un lugar, de una situación, de un «evento»? Sería instructiva una diferenciación completa; pero ateniéndonos aquí sólo a lo esencial, diremos que el ambiente es siempre una realidad colectiva, susceptible de ser compartida y vivida en común por un grupo de sujetos. Pero ya los diferentes modos individuales de «vivir» o de apreciar el mismo ambiente insinúan que el colorido es, en cambio, absolutamente individual e incompañable. Dos amigas participan del mismo ambiente de la misma reunión, pero la una lo vive desde la inquietud por el examen que presentará al día siguiente, y la otra desde el alivio de haber aprobado el examen que presentó por la mañana... Las variaciones en los coloridos dependen de diferencias de las que no podemos hablar más que haciendo referencia a sus posibles factores constitutivos o determinantes, fácilmente comprensibles para cualquiera —lo que no significa que el aná-

⁷ Husserl, Edmund, *Investigaciones lógicas*, tomo 2, traducción de M.G. Morente y J. Gaos, Madrid: Alianza Editorial, Alianza Universidad, 1982, pp. 509-510.

lisis completo de la situaci6n y de nuestra comprensi6n de esa variaci6n sea nada sencillo.

Cuando nos preguntamos por estos factores, se destaca en seguida una de las caracteristicas m1s notables del colorido, a saber, su funci6n omniabarcante u omnicompreensiva (y que hemos estado dando por supuesta en lo anterior). Nadie alegr1a, y yo menos que nadie, que la experiencia o la dimensi6n experiencial del colorido de la vida constituye ni la dimensi6n m1s profunda o fundamental de la existencia, ni la m1s elevada, ni la m1s significativa, ni la m1s «importante»; sin embargo, posee esta caracteristica que consiste en poder acoger o absorber en s1 todo otro tipo de experiencia, toda otra dimensi6n de la experiencia, todo conocer y todo sentir, todo hacer y todo querer, con tal que tenga para el yo lo que podr1a llamarse «valor» o «significaci6n afectiva». Por lo que parece, puede aportar algo al colorido cualquier vivencia o fragmento de vivencia de cualquier regi6n o 1mbito: de las estructuras y la organizaci6n perceptiva y cognoscitiva (intelectual o de la raz6n te6rica) de todo nivel y categor1a (sea que haya que describirlas a la manera de Husserl o de otra manera); de las estructuras y la organizaci6n de la vida emotiva y valorativa de todo nivel y jerarqu1a (sea que haya que describirlas a la manera de Scheler o de otra manera); de las estructuras y organizaci6n del tener, el poder y el valer (sea que haya que describirlas a la manera de Ricoeur o de otra manera); el de las estructuras de la vida intersubjetiva, de la vida en comunidad (sea que haya que describirlas a la manera de Schutz o de otra manera); etc6tera. Todo ello, y mucho m1s, no puede m1s que presuponerse aqu1; el tema general de la integraci6n del colorido, as1 como los detalles de la manera como cada tipo de factores hace su aportaci6n, junto con la posibilidad de hablar de una variedad de coloridos o de tipos de colorido de acuerdo con las variedades de factores y de acuerdo con su «peso» relativo en la conformaci6n del colorido, tiene que ser asunto de una investigaci6n particular. Aqu1 se comprende tambi6n la cuesti6n de qu6 requisitos tienen que cumplirse para que una experiencia o dimensi6n experiencial sea integrada en el colorido, cuesti6n para la cual no tengo ahora ninguna respuesta, fuera de la mencion formal y abstracta de aquel «valor» o «significaci6n afectiva» —pero esta noci6n misma no est1a a1n bien definida y a lo mejor hasta envuelve una petici6n de principio. Vuelve entonces a presentarse la cuesti6n que est1a en el fondo de todo este asunto: ¿qu6 clase de afecto o de afectividad es la del colorido? y ¿es la misma en su vivencia presente que en su manifestaci6n?

Pero quiz1a la comprensi6n y an1lisis 1ltimo de estas cuestiones tengan que postergarse mientras no contemos con lo que podr1amos llamar una fenomenolog1a integral, concret1sima o sint6tica, la cual tendr1a como condici6n la previa resoluci6n de todas las cuestiones de la fenomenolog1a est1tica, de la fenomenolog1a gen6tica, e incluso, si la hay, de la fenomenolog1a generativa, y de toda otra fenomenolog1a que se ocupe s6lo de alguna «parte abstracta» o de una sola esfera, dimensi6n o formalidad de la vida de

la conciencia, para poder enfrentarse a la tarea de describir la síntesis concreta de todas las «partes», «elementos» y «dimensiones» en la vida concreta, y entender por fin el «sentido que el mundo tiene para todos nosotros ANTES de todo filosofar»⁸. Pues en efecto, parece que sólo en esa síntesis, o por ella, o con ella, sucede, ocurre o brota el «colorido de la vida».

Para terminar, una palabra sobre la falta de palabras: el colorido de la vida es de esas cosas que, para decirlo con Alfonso Reyes, «padecen de inexpresibilidad secreta y de claustro solitario»⁹. Desde luego el colorido vivido, si a fin de cuentas hemos de aceptarlo, pero también el colorido en su revelación o manifestación memorativa (la «huella» o la «resonancia» del colorido), que es innegable, pertenecen al ámbito de lo inefable. Su cualidad, su sentido peculiar, es inconceptualizable. Pero no por ello ha de revestirse el colorido de la prestigiosa aura de los habitantes comúnmente admitidos en ese ámbito de lo inefable —que son las experiencias místicas—, sino que conserva, junto con los sentidos de muchas otras vivencias o momentos de vivencias de las que aquí no hemos hablado, toda su humildad y su carácter ordinario y cotidiano. Y sin embargo, en un sentido no muy difícil de ver pero que aquí no puedo mostrar, constituyen con ellos un sustento y trasfondo, un permanente horizonte indispensable para toda expresión y comunicación. Hoy parece que no es ya preciso defender los derechos de las experiencias pre-predicativas ante el avasallamiento de los variados, y variadamente acrílicos, «giros lingüísticos». Pero sentimos que aún falta reconocer plenamente que no todas las experiencias «extra-predicativas» son «pre-predicativas», y que no es su ingreso en el lenguaje lo único digno de estudio, sino que para comprender el lenguaje es igualmente importante, y hasta esencial, comprender la presencia y la función de su abigarrado, constante y siempre mudo horizonte «extra-lingüístico». Por ello, la fenomenología de la expresión y del lenguaje tiene que encontrar cabida para una fenomenología de lo inefable, y no solo de los coloridos inefables, sino de lo inefable en todas sus especies, no como si le concediera de mala gana una gracia a un advenedizo, sino como una condición vital para realizarse ella misma.

⁸ Husserl, Edmund, *Las conferencias de París. Introducción a la fenomenología trascendental*, traducción de las conferencias, la sinopsis de Husserl y la versión francesa de la sinopsis; contiene glosario; presentación, traducción y notas de A. Zirión. Cuadernos, México: UNAM, Instituto de Investigaciones Filosóficas, 1988, p. 47.

⁹ Reyes, Alfonso, «El deslinde. Apuntes para la teoría literaria», en: *Obras completas de Alfonso Reyes*, México: Fondo de Cultura Económica, 1963, p. 159.